

LA SAGRADA ESCRITURA EN LA CATEQUESIS

Tema 4: «TÚ ERES EL CRISTO», UNA CONFESIÓN QUE RECOGE LAS AGUAS DE TODA LA ESCRITURA

I. RECAPITULACIÓN

El último día nos quedamos en la página 7 del tema anterior, sin llegar a leer los textos del Catecismo.

Así pues, en esta clase retomamos brevemente lo dicho a partir de la página 6 y luego seguimos adelante.

II. «TÚ ERES EL CRISTO»

Partamos del relato de la confesión de fe que hace Pedro. Así lo narra san Marcos:

Salió Jesús con sus discípulos hacia las aldeas de Cesarea de Filipo. Y en el camino comenzó a preguntar a sus discípulos: «¿Quién dicen los hombres que soy yo? »

Ellos le contestaron: «Juan el Bautista. Y hay quienes dicen que Elías, y otros que uno de los profetas».

Entonces él les pregunta: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?»

Le responde Pedro: «Tú eres el Cristo».

Y les ordenó que no hablasen a nadie sobre esto

(Mc 8,27-30)

La respuesta de «los hombres» y la respuesta de Pedro, muestran dos intentos diversos de encontrar, a partir de lo ya conocido, las claves necesarias para comprender la persona de Jesús. En la respuesta de «los hombres» eso ya conocido es la persona de Juan el Bautista o del

profeta Elías, o la categoría de «profeta» en general. Pedro también parte de una categoría conocida por los judíos, la idea que ellos tenían de «Mesías», «Cristo».

Las respuestas de los hombres expresan, ciertamente, una pequeña parte de la verdad. Jesús no es ni Juan Bautista, ni Elías, ni ninguno de los profetas anteriores a Juan, pero de alguna forma está en relación con todos ellos. Por eso se puede decir que «los hombres» expresan una pequeña parte de la verdad, a la que acceden a partir de las realidades ya conocidas, realidades todas ellas del AT (incluido Juan Bautista). Todas esas respuestas tienen en común que ponen a Jesús en la línea de los profetas (porque también Elías y Juan el Bautista eran tales) y que consideran a Jesús como “un profeta entre otros”, uno entre tantos, no como quien es una novedad verdadera.

Las respuestas de «la gente» están lejos de llegar al centro de la persona de Jesús. No responden adecuadamente a la pregunta: ¿Quién es Jesús?

Vayamos a la respuesta de los que siguen a Jesús: «¿Y vosotros? ¿Quién decís que soy yo?»

La respuesta de Pedro sí que va a ser adecuada. Y la posibilidad de que esto sea así, de que Pedro, en nombre de todos los que siguen a Jesús, pueda dar una respuesta certera, está en el mismo seguimiento de Jesús. La familiaridad, más aún, el seguimiento, el hecho de compartir su camino —el pasaje subraya el hecho de que iban de camino— concede a los discípulos el único posicionamiento vital en el que se puede acceder a la verdad de Jesús. Lo cual no excluye la necesidad de que Pedro necesite, en primer lugar, el auxilio del Espíritu Santo para alcanzar una comprensión adecuada de Jesús.

El pasaje donde Jesús hace la pregunta se inserta en un momento decisivo de la historia de Jesús: es el momento en el que se inicia el camino a Jerusalén, el camino hacia la cruz. Este camino hace la criba entre “la gente” y “los discípulos”. Dice Benedicto XVI comentando este hecho:

«Tras la gran época de la predicación en Galilea, éste es un momento decisivo: tanto el encaminarse hacia la cruz como la invitación a la decisión que ahora distingue netamente a los discípulos de la gente que solo escucha a Jesús pero no le sigue, hace claramente de los discípulos el núcleo inicial de la nueva familia de Jesús: la futura Iglesia. Una característica de esta comunidad es estar “en camino” con Jesús [...]. Otra característica de esta comunidad es que su decisión de acompañar al Señor se basa en un conocimiento, en un “conocer” a Jesús que al mismo tiempo les obsequia con un nuevo conocimiento de Dios, del Dios único en el que como israelitas creen [...] [De su acompañar a Jesús] deriva su fe, su confesión; sobre esto se podrá edificar después la Iglesia»¹.

El caso es que la respuesta de Pedro sí es adecuada a la pregunta sobre el ser de Jesús — «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?»—. Esta primera respuesta —«Tú eres el Cristo»— se

¹ BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret I* (Esfera de los Libros, Madrid 2007) 340-341

convierte en el núcleo a partir del cual se desarrollará el Credo de la Iglesia². Las palabras «tú eres el Cristo (el Mesías)», tal como nos las ha transmitido san Marcos, expresan lo esencial.

Y al igual que «la gente» partía en su opinión sobre Jesús de lo que ya conocía —Elías, un profeta, Juan el Bautista—, también Simón parte en su confesión de una categoría conocida en Israel: la categoría, el título y la esperanza del «Mesías». Mesías, como veremos, era una palabra que se había ido llenando de significados a lo largo de la historia de Israel. Pero dichos significados eran tan variados y ricos que el título “mesías” podía ser usado con sentidos diversos y podía ser por eso ambiguo. La posible ambigüedad del título “mesías” puede ser la razón por la que Jesús les manda a los discípulos no decir nada sobre el asunto: « Y les ordenó que no hablasen a nadie sobre esto».

El título Mesías va a necesitar otra referencia distinta para que se entienda realmente su alcance cuando se dice de Jesús. La única descripción que todo lo abarca, que va a ser capaz de expresar lo más propio de Jesús es el título de “Hijo”, que encierra todo lo demás y lo explica. De ahí que el relato de Mateo sobre el mismo episodio nos ayude a entender mejor la fe apostólica: «**Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo**» (Mt 16,16). La palabra «Hijo» referida a Jesús para expresar su relación única con Dios expresa la novedad del Nuevo Testamento, la novedad que los Apóstoles perciben en la persona de Jesús, sobre todo al conocerlo en su oración, en su relación íntima con Dios.

Tenemos, pues, aquí dos títulos: uno expresa cómo todo el AT desemboca en Jesús, el título Mesías, Cristo; y otro expresa lo nuevo que difícilmente podía ser esperado ateniéndose solo a las promesas veterotestamentarias. Pero los dos títulos se complementan y nos introducen en el misterio de la persona de Cristo y su significado para nosotros. Otro título va a aparecer también en boca de los apóstoles referido a Jesús, para unirse a los de «Cristo» e «Hijo de Dios»: el título de «Señor». Al final de la vida de los apóstoles y ya para siempre en la historia de la Iglesia, estos tres títulos «quedaron como la descripción común y válida del misterio de Jesús»³.

De hecho, si acudimos al *Catecismo de la Iglesia Católica* (CCE), cuando presenta el misterio personal de Jesús, lo que observamos es que se centra en la explicación, primero del nombre de Jesús —que tiene ya una raíz veterotestamentaria— para luego explicar los títulos de «Cristo», «Hijo de Dios» y «Señor».

Vayamos a lo que dice el *Catecismo* sobre el título «Cristo».

² En todo esto cf. RATZINGER, *El Camino Pascual* (BAC, Madrid 1990) 90-91

³ J. RATZINGER, *El Camino Pascual* (BAC, Madrid 1990) 90-91

III. El nº 436 DEL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

436 Cristo viene de la traducción griega del termino hebreo "Mesías" que quiere decir "ungido". No pasa a ser nombre propio de Jesús sino porque él cumple perfectamente la misión divina que esa palabra significa. En efecto, en Israel eran ungidos en el nombre de Dios los que le eran consagrados para una misión que habían recibido de él. Este era el caso de los reyes (Cf. 1 S 9,16; 10,1; 16,1.12-13; 1 R 1,39), de los sacerdotes (Cf. Ex 29,7; Lv 8,12) y, excepcionalmente, de los profetas (Cf. 1 R 19,16). Este debía ser por excelencia el caso del Mesías que Dios enviaría para instaurar definitivamente su Reino (Cf. Sal 2, 2; Hch 4, 26-27). El Mesías debía ser ungido por el Espíritu del Señor (Cf. Is 11,2) a la vez como rey y sacerdote (Cf. Za 4,14; 6,13) pero también como profeta (Cf. Is 61,1; Lc 4,16-21). Jesús cumplió la esperanza mesiánica de Israel en su triple función de sacerdote, profeta y rey.

Vamos a desgranar un poco esta primer número del Catecismo dedicado al título de Cristo:

436 Cristo viene de la traducción griega⁴ del termino hebreo "Mesías" que quiere decir "ungido".

[...]



Cristo / Mesías / Ungido

El origen de este nombre está en el rito de la unción. Más en concreto en el rito de la unción del rey.

Ejemplo: El profeta Samuel unge a Saúl como rey de Israel (1 Sam 9,26 – 10,1)

“Al despuntar el alba, llamó Samuel a Saúl en el terrado y le dijo:

—Levántate, que te voy a despedir. Se levantó Saúl y salieron los dos, Samuel y Saúl. Bajaron juntos hasta las afueras de la ciudad y dijo Samuel: —Di a tu criado que vaya delante de nosotros, y tú quédate para que te dé a conocer la palabra de Dios.

Entonces tomó Samuel el recipiente de aceite, lo derramó sobre la cabeza de Saúl y luego le besó diciendo: —He aquí que el Señor te ha ungido como príncipe de mi pueblo Israel. Tú regirás al pueblo del Señor y le librarás de la mano de los enemigos que le rodean. Ésta es la señal de que Dios te ha ungido como príncipe sobre su heredad”.

(1 Sam 9,26–10,1)

⁴ En griego: Χριστός

436 [...]

No pasa a ser nombre propio de Jesús sino porque él cumple perfectamente la misión divina que esa palabra significa. En efecto, en Israel eran ungidos en el nombre de Dios los que le eran consagrados para una misión que habían recibido de él.

[...]



“Mesías” es, en su origen, una palabra para designar una **“función”** (como otras funciones, como las funciones de juez o de vigía, por poner un ejemplo).



Pero se trataba de una **“función divina”**, una MISIÓN, dada por Dios, como se ve en el ejemplo de la unción de Saúl, cuando recibe la misión de conducir a su pueblo como “rey”.



Pero en Jesús la misión recibida de Dios y que se expresa en el título de «Mesías», se identifica tan perfectamente con su persona, que con el tiempo llegará a convertirse no ya en nombre de una función, sino en su nombre propio: **«pasa a ser nombre propio de Jesús porque él cumple perfectamente la misión divina que esta palabra significa».**

436 [...]

En efecto, en Israel eran ungidos en el nombre de Dios los que le eran consagrados para una misión que habían recibido de él. Este era el caso de los reyes (Cf. 1 S 9,16; 10,1; 16,1.12-13; 1 R 1,39), de los sacerdotes (Cf. Ex 29,7; Lv 8,12) y, excepcionalmente, de los profetas (Cf. 1 R 19,16).

[...]



- Reyes (Este es el origen del rito de la unción)
- Sacerdotes
- Profetas (excepcionalmente)

LA IDEA DEL «MESÍAS» APARECE VINCULADA SOBRE TODO A LA FIGURA DEL REY

Sobre los «sacerdotes» como ungidos, hay que decir que en un primer momento se habla solamente de la unción del Sumo Sacerdote (Cf. Lv 4,3) y luego, más tarde, de la unción del resto de los sacerdotes (2 Mac 1,10).

436 [...sacerdote, profeta y rey...]

Este debía ser por excelencia el caso del Mesías que Dios enviaría para instaurar definitivamente su Reino (Cf. Sal 2, 2; Hch 4, 26-27).

[...]



En Israel, la palabra «mesías» llega a designar no solo a los diversos reyes, sacerdotes y, a veces, profetas, ungidos y enviados por Dios a lo largo de la historia de su pueblo, sino que llega a designar a un futuro **mesías definitivo**:

- a) “definitivo” en cuanto que cumple las tres funciones (real, sacerdotal y profética)
- b) “definitivo” en cuanto que las cumple de una vez para siempre.

Es un mesías **escatológico** y **eterno**.

Israel siempre vivió su historia con una cierta esperanza en que Dios actuaría para salvarlos. Esta esperanza tenía como fundamento las obras de Dios, las cosas maravillosas que Dios había realizado desde el principio. Por eso Israel no tenía un concepto fatalista de la historia, un sentido circular de la historia, como si el hombre no pudiera ir realmente más allá y estuviese condenado a vivir encerrado en sus propios límites y a repetir siempre los mismos errores. Lejos de esa visión «circular» de la historia —propia, por ejemplo, de los griegos— Israel tenía una concepción lineal de la Historia: la historia está conducida por Dios y tiene **un fin** bueno, la historia es una **historia de salvación**, que Dios obra. «La Biblia contempla la historia, sobre todo la historia de Israel, como una **Historia de Salvación**, dominada por la categoría de Alianza»⁵.

Las maravillas obradas por Dios en favor de su pueblo y la Alianza son el fundamento de la esperanza con que Israel mira hacia el futuro. Es una esperanza de salvación, una esperanza que, con el paso del tiempo, se va a ir concentrando en la figura del “Mesías”. Designado con tal nombre, “Mesías”, un MESÍAS VERDADERO Y DEFINITIVO, una figura que solo aparece el final del AT. Es entonces cuando la figura del Mesías se levanta como la figura de un SALVADOR ESCATOLÓGICO que restablecerá la relación entre Dios y el hombre, perturbada por el pecado. Será entonces cuando implantará el Reino de Dios, un reino de justicia (=relación adecuada con Dios y con los hombres) y de paz (=la consecución de esa justicia) .

⁵ J. OBESTEINER, “Mesianismo”. En: En: J. BAUER (Dir.) *Diccionario de Teología Bíblica* (Herder, Barcelona 1967)



INSISTO :

- La imagen de un Mesías personal, definitivo y futuro solamente aparece al final del Antiguo Testamento; sin embargo su imagen se va dibujando a lo largo de toda la historia del AT, como si fuese su espina dorsal, animada por una esperanza mesiánica (=salvífica) que aparece desde el principio.
- Una cosa es la esperanza mesiánica (salvífica) y otra la espera de un MESÍAS personal, concreto, escatológico y definitivo.



La esperanza mesiánica se irá personalizando cada vez más, como la esperanza y la espera del MESÍAS DEFINITIVO. Dicho proceso de «personalización» tiene:

1. Un fundamento de las obras salvíficas realizadas por Dios. Las obras en las que Dios había intervenido y lo había hecho a través de “alguien”.
2. Dios mismo da vida a esta esperanza en su «diálogo» con Israel. La esperanza mesiánica se remonta, en último término, a la revelación de Dios mismo.

436 [...] El Mesías debía ser ungido por el Espíritu del Señor (Cf Is 11,2).
[...]



Antes hemos dicho que el origen de la palabra “mesías” estaba en el rito de la unción. Aquellos hombres elegidos por Dios eran ungidos con aceite de oliva.



Ahora, el “MESÍAS” definitivo debería ser “ungido” no con aceite sino con el Espíritu de Dios, el Espíritu Santo.

«ESTO SIGNIFICA LA ÍNTIMA COMUNICACIÓN DE DIOS, LA IDENTIFICACIÓN ENTRE DIOS Y SU MESÍAS, LA ACCIÓN DE DIOS POR SU MEDIO».

436 [...]

El Mesías debía ser ungido por el Espíritu del Señor (Cf. Is 11,2) a la vez como rey y sacerdote (Cf. Za 4,14; 6,13) pero también como profeta (Cf. Is 61,1; Lc 4,16-21). Jesús cumplió la esperanza mesiánica de Israel en su triple función de sacerdote, profeta y rey.

[...]



JESÚS “CUMPLIÓ” LAS ESPERANZAS MESIÁNICAS. Jesús es el cumplimiento del AT.

IV. MESÍAS Y ESPERANZA MESIÁNICA. DESARROLLO HISTÓRICO-BÍBLICO EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

A partir de aquí vamos a intentar un recorrido resumido por todo el Antiguo Testamento para mostrar cómo va desarrollándose a lo largo de la Historia de la Salvación la imagen del Mesías y para ver cómo ese desarrollo solo se entiende mirando a su plenitud, que es Jesús; y cómo el título de Mesías, dado a Jesús, solo se comprende viendo cómo se vierte en su persona toda la esperanza del Antiguo Testamento. Algunas de las cosas ya las hemos dicho al comentar el nº 436 del CCE, pero no importa.

Describiremos este desarrollo en un orden histórico de forma resumida, no podemos entrar en todos los detalles del desarrollo. Hay que advertir también que el orden en que encontramos los diversos textos de la Escritura no es siempre un orden histórico. No tener esto en cuenta puede llevarnos a error.

En el Antiguo Testamento encontramos, por un lado, la idea de una salvación futura obrada por Dios y luego, más adelante, la idea del mesías. La primera idea la encontramos ya en las primeras páginas de la Escritura y en los primeros estadios de la formación de los textos bíblicos. La idea del “mesías” es posterior, aunque, una vez que aparece, muy pronto se va a unir con la primera. La salvación que se espera para la futuro obrada por Dios se va a esperar como la obra de Dios a través de su Mesías. Pero la aparición de estas dos ideas, su fusión y su posterior desarrollo requerirá de tiempo.

La idea de una salvación futura aparecía ya en las primeras páginas de la Biblia. Esta esperanza de que Dios salvará a su pueblo aparece vinculada a la idea de que lo hará a través de alguien. No se habla aún de mesías, pero nosotros podemos identificar ya esta ESPERANZA SALVÍFICA con la ESPERANZA MESIÁNICA.

La figura del Mesías nace fundamentalmente vinculada a la figura del rey, que en Israel es una figura bastante tardía. Pasa mucho tiempo desde que Abraham es llamado por Dios hasta que aparece el primer rey de Israel. Pasa mucho tiempo desde que Israel sale de Egipto y desde que se establece en la tierra de Palestina, hasta que es ungido el primer rey. Éste será Saúl, cuya unción ya hemos leído. Enseguida, no con Saúl, sino con el segundo rey de Israel, con David y sobre todo con la promesa que Dios le hace por el profeta Natán, la figura del rey-mesías, del rey-ungido se va a asociar a la imagen de la salvación de Israel, una salvación obrada por Dios a través de su mesías.

Aquí está el punto de unión de las dos ideas: la de la salvación futura y la del mesías.

La aparición de la figura del mesías en la Biblia lo que va a hacer es como aglutinar poco a poco la esperanza salvífica. Luego, esta imagen del mesías futuro salvador irá también evolucionando o desarrollándose. Pero como la figura del “mesías” está vinculada desde el principio a la figura del “rey”, no es extraño que la esperanza salvífica, concretada en la venida de un Mesías, sea, al mismo tiempo, la espera del Reino de Dios.

Me interesa repetir que la esperanza salvífica y mesiánica que recorre toda la Antigua Escritura solo es posible porque Israel, a diferencia de otros pueblos, tiene una concepción lineal de la historia. Esto significa que la historia tiene un sentido: un principio y un fin, una plenitud hacia la que Dios la dirige. Esto la diferencia de la concepción que los otros pueblos tienen de la historia, normalmente una concepción circular, que significa fundamentalmente que la historia no va a ningún lado, que el devenir de las cosas pasajeras no tiene significado, no tiene “logos”, no tiene inteligibilidad. La historia del hombre es oscura, o es puro azar, o está regida por un destino ciego, por el capricho de los dioses. Eso significa que la historia concreta de cada hombre, sus sufrimientos y sus gozos, carecen de valor fuera del instante en que son vividos. En la visión de la historia que depende de la fe veterotestamentaria, la cosa es totalmente distinta; aunque el Antiguo Testamento desconoce el fin concreto de la historia, lo afirma: la historia del mundo y del hombre no es ciega ni es azarosa, está llena de luz y de verdad. El fin es un fin salvífico, inteligible, bueno, pensado y buscado por Dios.

1. LA ESPERANZA SALVÍFICA ANTERIOR A LA MONARQUÍA⁶

La primera gran expresión de una esperanza salvífica para el futuro es lo que se ha dado en llamar el proto-evangelio (el primer anuncio del evangelio). Aunque todos los estudiosos están de acuerdo en que este texto que aparece en las primeras páginas de la Biblia es posterior, el hecho de que sea el primero que nos encontramos le da una gran importancia.

Se trata de las palabras de Dios tras el pecado original, las que dirige a la serpiente, que son unas palabras de condena para ella, pero el anuncio de una salvación futura para el hombre. Se promete al hombre caído que, en la lucha de la mujer y su descendencia contra la serpiente, la descendencia de la mujer, alcanzará la victoria.

El Señor Dios dijo a la serpiente: «Por haber hecho eso, maldita seas entre todos los animales y todas las bestias del campo. Te arrastrarás sobre el vientre, y polvo comerás todos los días de tu vida. Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo; él te herirá en la cabeza, mientras tú le herirás en el talón» (Gn 3,14-15).

Tras el primer anuncio de salvación, podríamos mostrar un hilo conductor de esta promesa de la salvación que pasa por Noé, luego por Sem (Gn 12,1-3), su hijo, padre de los pueblos semitas, y que desemboca en Abraham y en su descendencia, el pueblo por el cual «serán bendecidos todos los pueblos de la tierra» (Gn 12,1-3; 18,18; 22,18). La salvación, en efecto, certifica el NT, «viene de los judíos» (Jn 4,22).

⁶ Sigo aquí en parte un texto de J. OBERSTEINER, “Mesianismo”, en: J. BAUER (Dir.) *Diccionario de Teología Bíblica* (Herder, Barcelona 1967). Un texto de MARIE-ÉMILE BOISMARD y PIERRE GRELOT, “Mesías”, en: X. LÉON DUFOUR, *Vocabulario de Teología Bíblica* (Herder, Barcelona 2001); y F. KOGLER, R. EGGER-WENZEL y M. ERNST (Dir.), *Diccionario de la Biblia* (Mensajero – Sal Terrae, Bilbao – Santander 2012), “Mesías”.

La promesa de Abraham es heredada por Isaac y luego por Jacob. De los 12 hijos de Jacob, que constituyen la totalidad de Israel, las famosas 12 tribus, la bendición de Jacob se concentra en Judá, el cuarto hijo, la tribu de la cual ha de venir el autor de la salvación, aquel «**quien han de rendir obediencia las naciones**» (Gn 49,8-12). En estas palabras —que en realidad son aquellas con las que Jacob bendice a su hijo Judá y, al tiempo, una profecía— se nos presenta el Mesías —aunque no aparece aún designado con este nombre— como figura regia, cuyo reino se designa como reino de paz (Gn 49,11-12).

La promesa se mantiene tras todo el periplo de los hijos de Jacob en Egipto, del ascenso de Moisés como caudillo de Israel, de su marcha hacia la tierra prometida y del proceso de conquista de esta tierra. En uno de esos episodios del inicio de la llegada de Israel a la tierra de Palestina, se encuadra la profecía de Balaán, una especie de profeta pagano que es llamado y “contratado” —podríamos decir— por Balac, rey de Moab, que ve que su pueblo peligra ante el avance de Israel. Se le llama al profeta Balaán —no judío, insisto— para que maldiga a Israel, una maldición que consiga parar a Israel en su camino, una maldición para que pueda ser derrotado.

Sin embargo, a pesar de las presiones del rey Balac, cuando Balaán tiene ante la vista el campamento de los israelitas, no puede, impulsado por el Espíritu de Dios, pronunciar sino una bendición, que también incluye una famosa profecía sobre el futuro mesías —aunque aquí, como en los casos anteriores, el término mesías aún no aparece—. Se trata en realidad de cuatro bendiciones que vale la pena leer (Nm 22 – 24). Nosotros vamos a leer aquí la cuarta, que es donde aparece con más claridad la figura mesiánica:

Y proclamó su mensaje diciendo:
«Oráculo de Balaam, hijo de Beor,
oráculo del hombre de ojos perfectos;
oráculo del hombre que escucha las palabras de Dios
y conoce los planes del Altísimo,
que contempla las visiones del Poderoso,
que cae en éxtasis y se le abren los ojos:
Lo veo, pero no es ahora;
lo contemplo, pero no será pronto:
Avanza una estrella de Jacob
Y surge un cetro en Israel.
Tritura las sienas de Moab
y el cráneo de todos los hijos de Set.
Edom será tierra conquistada,
Seír, su enemigo, será invadido.
Israel despliega su poder, Jacob domina a sus enemigos».
(Nm 24,15–19)

Aunque aún sin el título de profeta, la figura mesiánica que se anuncia para el futuro se dibuja ya claramente como “un rey”. A una figura real se refiere el avanzar de una estrella que nace y el cetro que se alza, así como el dibujarlo como un príncipe guerrero que someterá a sus enemigos.

2. LA APARICIÓN DE LA MONARQUÍA Y DEL MESIANISMO REGIO

Desde la profecía de Balaán hasta la aparición del primer rey de Israel aún pasaría mucho tiempo. Todo el periodo de los jueces hasta el profeta Samuel. Será Samuel el que unja, como primer rey de Israel, a Saúl.

Pero, como sabéis, no va a ser Saúl el que se convierta en prototipo del rey judío, sino David, un sucesor que no es de su casa, sino de la casa de Judá. También sabéis que David no sucede tranquilamente a Saúl, sino que Saúl, aunque es elegido por Dios y Samuel lo unge por mandato divino, en un momento de su historia es desechado por Dios como rey de su pueblo, y aún cuando Saúl sigue manteniendo la corona por muchos años, Dios manda ungir en secreto a David como verdadero rey, cuando solo es un muchacho desconocido y cuando aún ha de pasar mucho tiempo y muchas calamidades hasta que asuma realmente el trono y sea ungido y coronado públicamente.

Hay una diferencia fundamental entre Saúl y David. Uno muestra su desobediencia en momentos clave, en los que tiene que elegir entre lo que le parece razonable a él y lo que ha recibido como encargo de Dios. Saúl es un rey poderoso y lleno de buenas virtudes humanas, pero que, en el fondo y a la hora de la verdad, se obedece a sí mismo. David, por el contrario, a pesar de sus muchos pecados, obedece a Dios y espera en él, espera su orden, no se adelanta a los planes de Dios ni intenta torcerlos según su propia oportunidad. Digamos que David, del que la Escritura dice «he ahí un hombre según mi corazón», dibuja la imagen de un «hijo» obediente con respecto a Dios, mientras Saúl dibuja más bien al hombre autónomo, que toma sus propias decisiones.

Esta cualidad será determinante después en la lectura cristiana del Mesías. Porque el Mesías va a ser un Rey, según el prototipo de David, un rey al que Dios va a llamar “hijo”, y que se va a mostrar como tal hijo en su sumisión a los planes de Dios. Desde luego que David no es el Hijo eterno, y que su obediencia dista mucho de ser perfecta, como sí fue la de Cristo en la cruz. Pero cuando los primeros cristianos lean en el AT todo lo que se dice a propósito del Mesías futuro, a partir de la imagen de David, dirán con facilidad: es claro que el Mesías anunciado, el hijo de David, es Jesús.

Pero vayamos más despacio. Ya hemos leído la unción de Saúl, el primer rey de Israel, hecha por el profeta Samuel. Leamos la unción David, hecha casi en secreto.

La Escritura en la catequesis

^{16:1} Dijo el Señor a Samuel: «¿Hasta cuándo vas a llorar por Saúl, si yo le he rechazado ya como rey de Israel? Llena el cuerno de aceite y ven, que voy a enviarte a Jesé de Belén, porque he elegido entre sus hijos un rey para mí».

² Samuel respondió: «¿Cómo voy a ir? Se enterará Saúl y me matará». Le dijo el Señor: «Llevarás contigo una becerra y dirás: «He venido a ofrecer un sacrificio al Señor». ³ Invitarás a Jesé al sacrificio; luego te indicaré lo que tienes que hacer: me ungirás al que yo te diga.

[...]

⁶ Cuando entraron, Samuel vio a Eliab y se dijo: «Seguramente está ante el Señor su ungido». ⁷ Pero el Señor dijo a Samuel: «No te fijes en su apariencia, ni en su gran estatura, pues lo he descartado. La mirada de Dios no es como la del hombre. El hombre mira las apariencias pero el Señor mira el corazón».

⁸ Jesé llamó a Abinadab y se lo acercó a Samuel; pero Samuel dijo: «Tampoco a éste ha elegido el Señor». ⁹ Luego Jesé acercó a Samá, y Samuel dijo: «Tampoco a éste ha elegido el Señor». ¹⁰ Fue llevando Jesé a sus siete hijos, pero Samuel dijo lo mismo: «No ha elegido el Señor a ninguno de éstos».

¹¹ Samuel dijo entonces a Jesé: «¿No te quedan más hijos?» Él respondió: «Todavía queda el más pequeño, que está apacentando el rebaño». Samuel dijo a Jesé: «Manda que lo traigan, pues no nos sentaremos hasta que haya llegado».

¹² Jesé mandó que lo trajeran. Era rubio, de ojos hermosos y de buena presencia. El Señor dijo a Samuel: «Levántate y úngelo. Él es».

¹³ Tomó, pues, Samuel el cuerno de aceite y lo ungió entre sus hermanos. El espíritu del Señor invadió a David desde aquel día.

(1 Sam 16,1-3.6-13b)

La unción implica la asunción de la corona. En el caso de David, la corona se va a diferir por muchos años, pero llegará. Unción y realeza, por tanto, van a ir de la mano. Hemos aludido también a otro elemento que será importante en el futuro y sobre el que tendremos que hablar más adelante, a propósito del Salmo 2, es el de la filiación. El Mesías, rey, se va a concebir como un elegido de Dios y, así, como un hombre al que Dios adopta como hijo. Pero en el relato que acabamos de leer aparece otro elemento típico del Ungido, la relación con el Espíritu de Dios. Se dice que después de ser ungido «el Espíritu de Dios invadió a David», de ese día en adelante. Unción y transmisión de este espíritu divino van de la mano. También este elemento tendrá un largo desarrollo en el futuro.

Pero por seguir el hilo histórico que estamos intentando mostrar, habría que decir que tanto Saúl como David, durante el tiempo que duran sus propios reinados, son los “ungidos”, los “mesías” presentes del pueblo de Israel.

Samuel (1Sam 9,8), David (1Sam 16,13; 2 Sam 2,4; 5,3) y Salomón (1 Re 1,39) son los primeros reyes de Israel y cada uno de ellos es, en su momento, “el Ungido del Señor”. A partir de ellos —para que nos hagamos una idea aproximada del tiempo, a partir del año 1000 a de C,

cuando David reina—, el rey pasa a ser algo así como el lugarteniente de Dios. Por lo tanto, se le debe respeto y obediencia. Cada rey resulta ser el mesías actual por medio del cual Dios conduce a su pueblo. Pero nunca en Israel el rey va a adquirir un carácter divino, como en otras culturas. El rey será siempre un hombre que depende del Dios Uno, al que debe obediencia.

El hecho de que no sean dioses y de que ellos mismos deban someterse a Dios, que se expresa por la Ley de la Alianza, pero también por los diversos profetas enviados por Dios, hace posible la crítica a cada uno de los sucesores de David. De hecho, hasta el momento en que la monarquía desaparece, los profetas van a fustigar a menudo la falta de fidelidad a Dios. Esta falta de fidelidad es ya, en boca de profetas como Jeremías, el anuncio del desastre sobre la monarquía, sobre la descendencia de David. Pero como la palabra de Dios no puede fallar y sus dones son irrevocables, los mismos profetas que entrevén la ruina de la monarquía davídica profetizan un nuevo vástago de David, un nuevo hijo de David, muy distinto de los reyes concretos que Israel conocerá hasta que el último de ellos desaparezca con la deportación a Babilonia (s. VI a. C.).

Así pues, junto a la denuncia de los profetas a la infidelidad de los reyes —recordemos que el propio David sufrió duramente este tipo de reprensión— va a ir naciendo una imagen idealizada del rey, de un rey salvador, que en principio no va a ser llamado el “Mesías”, aunque como rey se supusiese su unción.

Junto a la idea de un rey ideal, también creció la idea de un reino. Rey y reino iban sobrepasando con mucho la realidad que con el paso de los años podían experimentar los judíos. Frente a las debilidades de los sucesivos reyes y frente a la gran pobreza de sus reinos, crecía la idea de un Rey Salvador y de un Reino de Dios eterno, universal y definitivo.

¿Dónde hay que buscar la base de esta idea? Para responder a esta pregunta hemos de volver a David y a una promesa que recibió de Dios a través del profeta Natán

Hay un momento en el que David concibe la idea de construir un Templo permanente para el Arca de la Alianza, un Templo al Señor. Entonces David recibe una palabra de Dios por medio del profeta Natán, que va a ser el punto de apoyo para que en adelante Israel vincule la esperanza salvífica futura —de la que hemos hablado en el apartado anterior— a la esperanza de un mesías-rey futuro, que no se va a identificar estrictamente con la sucesión de reyes de los hijos de David, sino con un hijo de David, rey, pero un hijo eminente de David, un rey eminente, un verdadero y eminente Salvador. Un Mesías sin comparación con los anteriores, cuyo “plus”, en relación con todos los anteriores, estará en una *relación filial* con Dios más estrecha. Leamos el texto, que se ha dado en llamar el «evangelio de Natán»:

“Cuando el rey se estableció en su casa y el Señor le concedió la paz con los enemigos de alrededor, dijo el rey al profeta Natán: — Mira, yo habito en una casa de cedro, mientras que el arca del Señor habita en una tienda de lona.

Natán respondió al rey: — Vete y haz lo que te dicta el corazón, porque el Señor está contigo.

Pero esa misma noche la palabra del Señor llegó sobre Natán en estos términos:

La Escritura en la catequesis

– Vete y dile a mi siervo David: «Así dice el Señor: “¿Eres tú el que va a edificar una casa para que Yo habite en ella? Nunca he habitado en una casa desde el día en que hice subir a los hijos de Israel de Egipto hasta el día de hoy, sino que he caminado siempre en una tienda y en un tabernáculo. Y cuando he caminado por todas partes con el pueblo de Israel, ¿me he quejado a alguno de los jueces a quienes encargué que apacentaran a mi pueblo Israel, de que no me edificaran una casa de cedro?”».

»Y ahora así dirás a mi siervo David: «Así dice el Señor de los ejércitos: “Yo te he tomado del aprisco, de detrás del rebaño para que seas príncipe sobre mi pueblo Israel; he estado contigo en todas tus andanzas, he eliminado a todos tus enemigos ante ti y he hecho tu nombre grande entre los grandes de la tierra. Asignaré un lugar para mi pueblo Israel y lo plantaré para que habite allí y nadie le moleste; los malvados no volverán a oprimirlo como antes, cuando constituí jueces sobre mi pueblo Israel. Te concederé la paz con todos tus enemigos. El Señor te anuncia que Él te edificará una casa. Cuando hayas completado los días de tu vida y descanses con tus padres, suscitaré después de ti un linaje salido de tus entrañas y consolidaré su reino. Él edificará una casa en honor de mi nombre y yo mantendré el trono de su realeza para siempre. Yo seré para él un padre y él será para mí un hijo; si algo hace mal le castigaré con vara de hombres y con golpes humanos. Pero no apartaré de él mi amor como lo aparté de Saúl a quien alejé de tu presencia; tu casa y tu reino permanecerán para siempre en mi presencia y tu trono será firme también para siempre”».

Natán comunicó a David todas estas palabras y esta visión”.

(2 Sam 7,1–17)

En las palabras pronunciadas por el profeta Natán, la esperanza salvífica que siempre había animado a Israel se concentra en la “descendencia real de David”, en un rey, hijo de David. Se asegura la permanencia para siempre de la casa (esto es, de la descendencia), del trono, un reino «para siempre». Y se asegura un tipo de relación entre este “Mesías” y Dios con estas palabras: **«yo será para él padre y él será para mí un hijo»**.

En esta promesa hay que distinguir dos lecturas, dos interpretaciones. La primera, que podríamos llamar «inmediata». Es decir, que estas palabras se refieren al descendiente inmediato de David, es decir, el rey Salomón, que de hecho, como también recogen las palabras de Natán, «edificará una casa en honor de mi nombre». Y tal como sabéis, Salomón es el constructor del «Primer Templo de Jerusalén». El hecho de que diga: «mantendré el trono de su realeza para siempre» no es óbice para que se refiera a Salomón, aunque este tuviera que morir y dejar el trono, ya que en el lenguaje bíblico este “*para siempre*” puede tener también un sentido figurado, equivalente a «muchos años», o «hasta el fin de sus días».

Pero hay otra lectura, que toma pie del mismo texto y que hizo la misma Escritura en textos posteriores: que el rey del Salomón sea figura, anticipo, tipo, del verdadero “hijo de David”, futuro, muy posterior a Salomón, que establecería un reino definitivo. Este rey futuro, hijo de David, que establecerá un reino de Dios definitivo, es la idea que va a aglutinarse alrededor de la esperanza mesiánica, que será poco a poco no la de un mesías entre otros, no la

de un rey entre otros, sino la del rey definitivo, el Mesías. Y en Jesús reconocemos a este “hijo de David”, el verdadero Rey de Israel.

Vamos a dar por un momento un pequeño salto —aunque quizá no sea muy pedagógico— para que veáis cómo se va a traducir esta esperanza mesiánica entre los cristianos, como una esperanza cumplida en la persona de Jesús. Saltamos hasta el Evangelio de la Infancia de Jesús, según san Mateo y, solo por alusión, a los relatos de la Pasión.

El evangelio de san Mateo comienza con lo que se ha dado en llamar “El Evangelio de la Infancia” (Mt 1 – 2). Se trata de una especie de obertura, como en una ópera, donde se anuncian los temas principales de todo el Evangelio.

1. Ya solo las primeras palabras hacen desembocar la esperanza salvífica y mesiánica en la persona de Jesús. La esperanza salvífica, que se cifra en la persona de Abraham, y la esperanza mesiánica, cifrada en la persona de David. Empieza así el Evangelio: «**Genealogía de Jesús, el Mesías, hijo de David, hijo de Abraham**». Tras esta primera afirmación viene la genealogía propiamente dicha que pone a Jesús en relación con Abraham y con David, es decir, con la esperanza salvífica y mesiánica que recorre todo el AT.
2. A continuación, Mateo describe las circunstancias que rodearon el nacimiento de Jesús como “el Mesías”: engendrado por obra del Espíritu Santo y nacido de una virgen, tal como había anunciado el profeta Isaías —y que nosotros aún no hemos visto—.
3. Tras el nacimiento, viene el culmen del relato, cuando aparecen los Magos de Oriente preguntando por el «**REY DE LOS JUDÍOS QUE HA NACIDO**» porque quieren adorarlo. —Por cierto: buscan y preguntan porque ha sido anunciado por una estrella, lo que recuerda a la profecía de Balaán—.
4. Después viene la huida de los Magos y de la Sagrada Familia a Egipto, así como la vuelta y el establecimiento de Jesús en Nazaret. El hecho de que Jesús se establezca en Nazaret, que pueda ser así conocido como “el nazareno”, significa una paradoja con su ser “el Mesías”: es la yuxtaposición de la realeza con un estado de humillación (ser galileo y nazareno). Esta yuxtaposición es la que aparece de nuevo en “la hora de Jesús: «**Jesús nazareno, Rey de los judíos**» (Jn 19,19). Mateo en su evangelio de la infancia da cuenta de lo mismo que san Juan en su relato de la Pasión: Jesús es el Mesías rey, pero en un estado de humillación que se resume en esta palabra: “el nazareno”.
5. Por tanto, todo gira en torno a esta proclamación solemne de los Magos sobre el que ha nacido y al que vienen a adorar: «**EL REY DE LOS JUDÍOS**». Y es muy significativo que este título referido a Jesús, no vuelva a aparecer en ninguna otra parte de los cuatro evangelios, salvo cuando llega el relato de la Pasión.

Volvamos a nuestro hilo histórico. Habíamos dicho que la profecía de Natán había servido como punto de partida para que los profetas, mientras denunciaban la infidelidad de los reyes que se sucedían en el trono de Judá, previesen un Rey Salvador y un Reino de Dios que distaba mucho de la realidad que vivían. Mucho antes del desastre de la deportación a Babilonia, los profetas Isaías y Miqueas (s. VIII a.C.) proyectaron hacia un futuro escatológico las ideas mesiánicas (Is 7,14; 9,1-6; 11,1-9; Miq 5,1-4). El rey mesiánico, del linaje de David, fue previsto como un rey de los últimos tiempos, escatológico, un reinado de Dios y con él un reino definitivo, extendido por todo el orbe. Entonces lo escatológico, de lo que aún no se puede tener experiencia, se describió con elementos paradisiacos, el reino definitivo como una vuelta al Paraíso (fertilidad asombrosa, bienestar general, justicia...). Dos características acompañaban a este Rey y su reino, el conocimiento de Dios y La Paz («*revelatio*» y «*pax*»), dos dones a la vez paradisiacos y escatológicos: se trata del conocimiento cercano e íntimo de Dios y de la paz que Dios instaurará en esta tierra que ha visto tanta sangre y tantas lágrimas.

Llegamos a un momento crítico de la Historia bíblica, al que hemos aludido ya varias veces; cuando en varias oleadas Judá va a sufrir el destierro a Babilonia y la destrucción. A pesar de que el profeta Jeremías ya había vaticinado la hecatombe del Pueblo de Dios, el hecho de que el ungido, el rey de Israel, cayese en manos de Nabucodonosor y fuese hecho prisionero y deportado, que el Templo fuese destruido y la población de Judá resultase diezmada, todo eso supuso un desconcierto y una prueba para la fe de Israel:

Nuestros perseguidores eran más veloces que las águilas del cielo; nos acosaban por los montes, nos acechaban en el desierto. Nuestro aliento, el Ungido del Señor, fue apresado en sus fosos. De él decíamos: «Bajo su sombra viviremos entre las naciones».

(Lam 4,19-20)

El salmo 89 nos da idea de lo que supuso aquel golpe en la fe de Israel: por un lado, se afirma la fe tradicional en el sostenimiento de la dinastía de David, pero, por otro, está la experiencia de la deportación, que de hecho acabó de una vez por todas con la realeza davídica, hasta la afirmación de Jesús, de la casa de David como Rey de Israel. Leamos el salmo que es sumamente expresivo:

^{89,2} Las misericordias del Señor cantaré eternamente;
de generación en generación
anunciaré con mi boca tu fidelidad.

³ Pues he dicho:

«La misericordia está edificada para siempre;
tu fidelidad está firme en los cielos».

⁴ «Una alianza sellé con mi elegido,
juré a David, mi siervo:

⁵ “Afirmaré tu descendencia para siempre,
construiré tu trono por todas las generaciones”».

⁶ Los cielos proclaman tus maravillas, Señor,
y tu fidelidad en la asamblea de los santos.
⁷ Pues ¿quién sobre las nubes es igual al Señor?
¿Quién semejante al Señor entre los hijos de los dioses?
⁸ [...]
⁹ Señor, Dios de los ejércitos, ¿quién como Tú?
Eres poderoso, Señor, te rodea tu fidelidad.
¹⁰ Tú dominas la arrogancia del mar,
Tú amansas sus olas cuando se encrespan,
¹¹ Tú pisoteaste a Rahab, como un cadáver,
dispersaste a tus enemigos con brazo fuerte.
¹² Tuyos son los cielos, tuya es la tierra;
el orbe y cuanto lo llena, Tú los fundaste.
¹³ [...].
¹⁴ Tú tienes un brazo poderoso,
firme es tu mano,alzada tu diestra.
¹⁵ Justicia y derecho son el fundamento de tu trono,
misericordia y fidelidad preceden tu rostro.

[...]

²⁰ Un día hablaste en visión
a tus fieles, diciéndoles:
«He prestado mi ayuda a un héroe,
he exaltado entre el pueblo a un elegido.
²¹ He hallado a David, mi siervo,
lo he ungido con mi óleo santo.
²² Mi mano estará firme con él,
mi brazo le hará fuerte.
²³ No habrá enemigo que lo sorprenda,
ni hijo de iniquidad que lo oprima.
²⁴ Destrozaré a sus adversarios ante él,
heriré a los que lo odian.
²⁵ Con él estarán mi fidelidad y misericordia,
y en mi Nombre será exaltado su poder.
²⁶ Extenderé su izquierda sobre el Mar,
y su diestra sobre los Ríos.
²⁷ Él me invocará: "Tú eres mi Padre,
mi Dios, la Roca de mi salvación".
²⁸ Yo lo constituiré mi primogénito,
el más eximio entre los reyes de la tierra.
²⁹ Le guardaré por siempre mi misericordia,

mi alianza con él será firme.

³⁰ Asentaré su linaje para siempre,
y su trono como los días de los cielos.

³¹ Si sus hijos abandonan mi Ley
y no caminan según mis normas,

³² si violan mis preceptos
y no guardan mis mandamientos,

³³ castigaré con vara sus delitos
y con azotes su culpa.

³⁴ Pero no le retiraré mi gracia,
ni faltaré a mi fidelidad.

³⁵ No violaré mi alianza,
ni anularé la palabra de mis labios.

³⁶ Una vez juré por mi Santidad:
"No mentiré a David.

³⁷ Su linaje será perpetuo,
y su trono como el sol en mi presencia;

³⁸ como la luna, siempre permanecerá
como fidedigno testigo en el cielo"».

³⁹ Pero Tú lo has rechazado y repudiado,
te has airado con tu Ungido,

⁴⁰ has roto la alianza con tu siervo,
has profanado su diadema hasta el fango.

⁴¹ Has destruido sus murallas,
has derruido sus fortalezas.

⁴² Cualquiera que pasa por el camino lo saquea,
se ha convertido en burla de sus vecinos.

⁴³ Has exaltado la diestra de sus adversarios,
has llenado de gozo a sus enemigos.

⁴⁴ Has vuelto romo el filo de su espada,
y no le has auxiliado en el combate.

⁴⁵ Has puesto fin a su esplendor
y has echado por tierra su trono.

⁴⁶ Has acortado los días de su juventud
y lo has cubierto de ignominia.

⁴⁷ ¿Hasta cuándo, Señor, continuarás escondido
y arderá tu furor como el fuego?

[...]

El caso es que el Pueblo de Dios no va a tener nunca más un Rey-Mesías. Después del destierro resurge momentáneamente la esperanza de una restauración monárquica con el gobernador Zorobabel, pero nunca será coronado ni ungido.

ESCUELA DE CATEQUISTAS

Los salmos que cantaban la gloria del Mesías rey, que no hemos traído por falta de tiempo, fueron a partir de entonces releídos en otra clave, no en la clave de la exaltación del rey presente, porque ya no existía, sino referidos a un MESÍAS futuro, glorioso y victorioso — la clave que ya habían preparado con sus profecías Isaías y Miqueas—.

La esperanza mesiánica se va a alimentar durante siglos de estos viejos salmos y de otros textos, de tal forma en la época previa al Nuevo Testamento y durante la misma época de la vida de Jesús, esta esperanza será extremadamente viva y totalmente marcada por su aspecto político, aunque no solo por este aspecto.

En la próxima clase hablaremos de cómo a partir de entonces la idea de “Mesías –Rey” sufrió diversos cambios, que van a ayudar a interpretar el título de Mesías referido a Jesús.

437 El ángel anunció a los pastores el nacimiento de Jesús como el del Mesías prometido a Israel: "Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor" (Lc 2, 11). Desde el principio él es "a quien el Padre ha santificado y enviado al mundo"(Jn 10, 36), concebido como "santo" (Lc 1, 35) en el seno virginal de María. José fue llamado por Dios para "tomar consigo a María su esposa" encinta "del que fue engendrado en ella por el Espíritu Santo" (Mt 1, 20) para que Jesús "llamado Cristo" nazca de la esposa de José en la descendencia mesiánica de David (Mt 1,16; Cf. Rm 1,3; 2 Tm 2,8; Ap 22,16).

438 La consagración mesiánica de Jesús manifiesta su misión divina. "Por otra parte eso es lo que significa su mismo nombre, porque en el nombre de Cristo está sobre entendido El que ha ungido, El que ha sido ungido y la Unción misma con la que ha sido ungido: El que ha ungido, es el Padre. El que ha sido ungido, es el Hijo, y lo ha sido en el Espíritu que es la Unción" (S. Ireneo de Lyon, haer. 3, 18, 3). Su eterna consagración mesiánica⁷ fue revelada en el tiempo de su vida terrena en el momento de su bautismo por Juan cuando "Dios le ungió con el Espíritu Santo y con poder"(Hch 10, 38) "para que él fuese manifestado a Israel" (Jn 1, 31) como su Mesías. Sus obras y sus palabras lo dieron a conocer como "el santo de Dios" (Mc 1, 24; Jn 6, 69; Hch 3, 14).

439 Numerosos judíos e incluso ciertos paganos que compartían su esperanza reconocieron en Jesús los rasgos fundamentales del mesiánico "hijo de David" prometido por Dios a Israel (Cf. Mt 2, 2; 9, 27; 12, 23; 15, 22; 20, 30; 21, 9. 15). Jesús aceptó el título de Mesías al cual tenía derecho (Cf. Jn 4, 25-26; 11, 27), pero no sin reservas porque una parte de sus contemporáneos lo comprendían según una concepción demasiado humana (Cf. Mt 22, 41-46), esencialmente política⁸(Cf. Jn 6, 15; Lc 24, 21).

440 Jesús acogió la confesión de fe de Pedro que le reconocida como el Mesías anunciándole la próxima pasión del Hijo del Hombre (Cf. Mt 16, 23). Reveló el autentico contenido de su realeza mesiánica en **la identidad trascendente del Hijo del Hombre "que ha bajado del cielo"** (Jn 3,13; Cf. Jn 6,62; Dn 7,13) a la vez⁹ que en su misión redentora como Siervo sufriente: "el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos" (Mt 20, 28; Cf. Is 53, 10-12). Por esta razón el verdadero sentido de su realeza no se ha manifestado más que desde lo alto de la Cruz (Cf. Jn 19, 19- 22; Lc 23, 39-43). Solamente después de su resurrección su realeza mesiánica podrá ser proclamada por Pedro ante el pueblo de Dios: "Sepa, pues, con certeza toda la casa de Israel

⁷ A diferencia de otros, el Hijo es ungido desde antes de la creación, desde toda la eternidad (la unción pre-cósmica de san Justino), desde toda la eternidad es ungido por el Padre con el Espíritu Santo. Eso significa que su misión, primero la creación del mundo, luego la redención, no son una añadido a la relación con el Padre en el Espíritu Santo que constituye la persona del Hijo. La misión está en lógica con el amor con el que es engendrado y amado, ese amor que es el Espíritu de Dios. Su misión está en lógica con su ser, ya que si su ser personal está determinado por el amor con el que es ungido por el Padre, la creación y la redención son también obras del amor, obras de amor con que Dios sale de sí para dar vida al hombre.

⁸ Ya hemos advertido antes que el título de "mesías" se había cargado de significados diversos a lo largo de la historia y, por tanto, podía ser entendido de formas diversas.

⁹ Si se omite el texto resaltado se entiende casi mejor lo fundamental del párrafo.

ESCUELA DE CATEQUISTAS

que Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado" (Hch 2, 36).

Por lo tanto, después de decir que el título "cristo", que Pedro da a Jesús —«Tú eres el Cristo»— no se entenderá del todo hasta que no sea complementado con el de Hijo —«Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo»—, si nos preguntamos qué tenía Pedro en la cabeza al decir "cristo" deberíamos referirnos fundamentalmente a estas funciones propias de los reyes, sacerdotes y profetas, que habían sido ungidos por Dios para ellas, especialmente la de "rey".

J. OBERSTEINER, “Mesianismo”.

En: J. BAUER (Dir.) *Diccionario de Teología Bíblica* (Herder, Barcelona 1967)

A. ANTIGUO TESTAMENTO

UN PRIMER ACERCAMIENTO

En sentido amplio es la expectación de una salvación que culmina con el establecerse del Reino de Dios, tiene un carácter personal porque se centra en el advenimiento de un “mesías” personal.

Esto implica un sentido lineal de la historia, con un principio y un fin, en contraste con el sentido cíclico de la antigüedad.

La biblia contempla la historia, sobre todo la de Israel como una historia de la salvación, dominada por la categoría de “Alianza”.

El Mesías se levanta como salvador escatológico que restablecerá la relación entre Dios y el hombre, perturbada por el pecado, y erigirá un reino de justicia y de paz.

La expectación de un mesías personal recorre el AT como su espina dorsal

El término “mesías” (hebreo *masiah*, arameo *mesiha*), equivale a “ungido”.

En el AT esta denominación se aplica al monarca reinante (1Sam 24,7.11), al sumo sacerdote (Lv 4,3) y más tarde a todos los sacerdotes (2Mac 1,10). Cómo nombre del Mesías venidero, solo se halla al final del AT, en escritos extracanonicos, que siguen al Sal 2,2.

“Dios me libre de hacer ningún daño a mi señor, al ungido del Señor, de alzar mi mano contra el que es el ungido del Señor.

Amonestó a sus hombres con palabras enérgicas y les prohibió lanzarse contra Saúl. Saúl salió de la cueva y siguió su camino. Después salió también David de la cueva y gritó detrás de él: — Señor mío, mi rey. Saúl volvió la vista atrás y David inclinándose se postró ante él rostro en tierra, y le dijo: — ¿Por qué escuchas a la gente que va diciendo que David busca tu desgracia? Hoy han visto tus ojos que el Señor te ha puesto en mis manos en la cueva; me decían que te matara, pero te he respetado, pues me dije: «No alzaré mi mano contra mi señor, puesto que es el ungido del Señor»”

(1 Samuel 24,7–11)

“Si quien peca es un sacerdote ungido, haciendo culpable al pueblo, ofrecerá al Señor por el pecado que cometió un novillo sin defecto, como sacrificio expiatorio”.

(Lv 4,3)

“Los que residen en Jerusalén y en Judea, el consejo de ancianos y Judas, saludan y desean bienestar a Aristóbulo, preceptor del rey Tolomeo y descendiente de la estirpe de los sacerdotes ungidos, y a los judíos que están en Egipto.”

(2 Macabeos 1,10)

¿DE DÓNDE PROVIENE LA IDEA DE ESTE MESÍAS DEFINITIVO QUE IMPLANTARÁ EL REINO DE DIOS?

- No de la monarquía nacional, que de hecho frustró las esperanzas de Israel. Además la esperanza bíblica mesiánica es anterior al establecimiento de la monarquía.
- Tampoco puede explicarse como la concreción del juicio de Dios anunciado por los profetas, para alentar la herida esperanza del Pueblo de Dios. Ya que la profecía de una salvación definitiva precede a la del juicio y la desgracia.
- Tampoco se puede explicar como una apoteosis de la figura del rey, incluso después de la experiencia en el exilio de los grandes reyes orientales. La apoteosis de un rey era incompatible con el monoteísmo. Y aún así, ¿cómo llegó a ser esta esperanza escatológica?
- Esta esperanza podría sustentarse, pero no basta para explicarla, en la peculiar idea de Dios que tiene Israel, como un Dios que interviene en la historia para auxiliarlo. Pero no basta para crearla.
- La esperanza mesiánica “se remonta en último término a la revelación divina”.

EL DESARROLLO DE LA ESPERANZA MESIÁNICA EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

1. La esperanza mesiánica aparece ya en las primeras páginas de la Biblia. En el llamado “protoevangelio” (Gn 3,14ss) se promete al hombre caído que, en la lucha de la mujer y su descendencia contra la serpiente, la descendencia de la mujer alcanzará la victoria.

“El Señor Dios dijo a la serpiente: — Por haber hecho eso, maldita seas entre todos los animales y todas las bestias del campo. Te arrastrarás sobre el vientre, y polvo comerás todos los días de tu vida.

Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo; él te herirá en la cabeza, mientras tú le herirás en el talón.”

(Génesis 3,14–15)

“El Evangelio nos muestra que un descendiente concreto de la mujer, a saber, Cristo, que representa como cabeza a toda la humanidad, aplastó la cabeza de la serpiente”.

2. La bendición de Noé sobre Sem (Gn 9,26) anuncia que la salvación del mundo ha de venir de Sem y de la familia de los pueblos semitas que de él descienden. De ella es elegido Abraham como representante de la promesa, y en la descendencia de Abraham, el pueblo de Israel, serán bendecidos todos los pueblos de la tierra (Gn 12,1-3; 18,18; 22,18). La salvación en efecto, certifica el NT, viene “de los judíos” (Jn 4,22).

“Y añadió: — ¡Bendito sea el Señor, Dios de Sem!”
(Gn 9,26)

“El Señor dijo a Abraham: — Vete de tu tierra y de tu patria y de casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré; de ti haré un gran pueblo, te bendeciré, y engrandeceré tu nombre que servirá de bendición. Bendeciré a quienes te bendigan, y maldeciré a quienes te maldigan; en ti serán bendecidos todos los pueblos de la tierra.”

(Gn 12,1–3) (Cf. Gn 18,18)

“Señor, veo que tú eres un profeta -le dijo la mujer-. Nuestros padres adoraron a Dios en este monte, y vosotros decís que el lugar donde se debe adorar está en Jerusalén.

Le respondió Jesús: — Créeme, mujer, llega la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre.

Vosotros adoráis lo que no conocéis, nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación procede de los judíos.

Pero llega la hora, y es ésta, en la que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Porque así son los adoradores que el Padre busca.

(Jn 4,22)

3. La promesa de Abraham es heredada por Isaac y luego por Jacob. Pero de los 12 hijos de Jacob, que constituyen la totalidad de Israel en las famosas 12 tribus, la bendición de Jacob limita a Judá, el cuarto hijo, la tribu de donde ha de venir el autor de la salvación, aquel “a quien han de rendir obediencia las naciones” (Gn 49,8-12). En este pasaje se nos presenta el Mesías como figura regia, de contornos fijos, cuyo reino se designa como reino de paz (Gn 49,11-12)

A ti, Judá, te alabarán tus hermanos; pondrás tu mano sobre la cerviz de tus enemigos y ante ti se postrarán los hijos de tu padre.

Judá es un cachorro de león; ¡hijo mío, volviste con la presa!
Se recuesta echándose como un león, y como una leona:
¿quién le hará levantarse?

No se apartará de Judá el cetro ni el bastón de mando de entre sus pies, hasta que venga aquél, a quien le pertenece, y a quien deben obediencia las naciones.

Ata su asno a una cepa y a una parra su pollino; lava en vino su vestido y en sangre de uvas su manto;
sus ojos son más oscuros que el vino y sus dientes más blancos que la leche.

(Gn 49,8-12)

4. La profecía de Balaam (Nm 24,15-19) nos lo anuncia como estrella de Jacob y príncipe guerrero que someterá a Moab, a Edom y a todas las hordas enemigas. Ciertamente que la redacción de este texto es de tiempo del rey David, lo que pudo hacer que se vertiesen en la figura descrita por Balaam elementos idealizados de dicho rey. Sin embargo el texto contiene elementos redaccionales que vienen de más atrás.

“Y proclamó su mensaje diciendo: — Oráculo de Balaam, hijo de Beor, oráculo del caballero clarividente, oráculo de quien escucha las locuciones de Dios, conoce el criterio del Altísimo, vislumbra la previsión del Omnipotente, se postra, y contempla clarísimo.

Lo vislumbro, pero no es ahora; lo diviso, pero no de cerca: de Jacob viene en camino una estrella, en Israel se ha levantado un cetro. Tritura las sienas de Moab y el cráneo de todos los hijos de Set.

Edom será conquistado, Seír, su enemigo, será invadido, mientras Israel ratifica su poder.

El dominador que viene de Jacob aniquilará lo que quede en la ciudad.”

(Num 24,15–19)

5. Y ya que David solo parcialmente pudo someter a los pueblos enemigos, desde luego no de forma duradera, la imagen de un rey salvador definitivo, del mesías, se proyectó hacia el futuro, como un rey mesiánico, definitivo.

El llamado “evangelio de Natán” (2Sam 7,13-16) traslada la esperanza mesiánica a la casa de David. David no edificará al Señor una casa, sino que será el Señor quien edifique una casa a David, destinando a su hijo para sucesor suyo y concediendo al trono de David duración eterna.

Esta promesa se aplica en primer término a Salomón, no es óbice para ello que se hable de “eternidad”, ya que en el lenguaje bíblico este término puede tomarse bien literalmente, bien en sentido figurado, equivalente a “muchos años”.

Pero “a la luz de las palabras de David, en las que el Rey mesiánico aparece como vástago de su propia familia (2Sam 23,1-5), la promesa desemboca en el Mesías.

“Y ahora así dirás a mi siervo David: «Así dice el Señor de los ejércitos: “Yo te he tomado del aprisco, de detrás del rebaño para que seas príncipe sobre mi pueblo Israel; he estado contigo en todas tus andanzas, he eliminado a todos tus enemigos ante ti y he hecho tu nombre grande entre los grandes de la tierra. Asignaré un lugar para mi pueblo Israel y lo plantaré para que habite allí y nadie le moleste; los malvados no volverán a oprimirlo como antes, cuando constituí jueces sobre mi pueblo Israel. Te concederé la paz con todos tus enemigos. El Señor te anuncia que Él te edificará una casa. Cuando hayas completado los días de tu vida y descanses con tus padres, suscitaré después de ti un linaje salido de tus entrañas y consolidaré su reino. Él edificará una casa en honor de mi nombre y yo mantendré el trono de su realeza para siempre. Yo seré para él un padre y él será para mí un hijo; si algo hace mal le castigaré con vara de hombres y con golpes humanos. Pero no apartaré de él mi amor como lo aparté de Saúl a quien alejé de tu presencia; tu casa y tu reino permanecerán para siempre en mi presencia y tu trono será firme también para siempre”

(2 Sam 7,8–16)

“Éstas son las últimas palabras de David: —Oráculo de David, hijo de Jesé, oráculo del varón elevado a lo más alto, del ungido del Dios de Jacob, del dulce cantor de Israel.

El espíritu del Señor habla por mí y sus palabras están en mi lengua.

Ha hablado el Dios de Jacob; me ha dicho la Roca de Israel: «El justo, el que gobierna a los hombres, el que gobierna con temor de Dios, es como la luz de la mañana al salir el sol en una mañana sin nubes, que hace brillar después de la lluvia la hierba de la tierra».

Así está mi casa ante Dios, porque ha hecho conmigo una alianza eterna, bien dispuesta y afianzada. ¿No es Él quien hace germinar mi salvación y mis deseos?”

(2 Sam 23:1–5)

6. La imagen mesiánica de los salmos reales se orienta sobre la idea directriz de la promesa de Natán, al que probablemente se refiere Sal 2,7. Aunque parten de un rey empírico, con sus circunstancias históricas, como por ejemplo, la entronización del rey, celebran sin embargo al rey mesiánico del fin de los tiempos.

En el salmo 2 aparece el rey establecido en Sión por YHVH como “hijo” suyo —aquí se dice más que en la fórmula de adopción de 2Sam 7,15 — y como Señor universal al que han de rendir pleitesía todos los reyes de la tierra.

“¿Por qué se sublevan las naciones y traman los pueblos vanos proyectos?

Se alzan los reyes de la tierra, y los príncipes se confabulan contra el Señor y contra su Ungido:

«¡Rompamos sus cadenas, arrojemos de nosotros su yugo!».

— El que está sentado en los cielos se ríe, se burla de ellos el Señor.

Les habla en su ira, con su cólera los aterra:

«Yo mismo he ungido a mi Rey en Sión, mi monte santo».

Proclamaré el decreto del Señor. Él me ha dicho: «Tú eres mi hijo. Yo te he engendrado hoy.

Pídeme y te daré en herencia las naciones, los confines de la tierra en propiedad.

Los quebrantarás con barra de hierro; los romperás como vaso de alfarero».

— Ahora, reyes: sed juiciosos. Escarmentad los que gobernáis la tierra.

Servid al Señor con temor, y aclamadle con temblor.

Adoradle sin reservas, no sea que se irrite y perdáis el camino, cuando de pronto se encienda su ira. Dichosos cuantos se refugian en Él.”

(Sal 2,1–12)